



Los usurpadores
Jorge Zepeda
Patterson

Los usurpadores

Jorge Zepeda
Patterson

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1383

© Jorge Zepeda Patterson, 2016

Derechos reservados

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 20. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en Ediciones Destino: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-233-5164-0
Depósito legal: B. 18.473-2016
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Todos

Sábado, 25 de noviembre, 11.30 a.m.

«Jodidos pero solemnes», se dijo Cristina Kirchner después de las tediosas peroratas de tres funcionarios durante la ceremonia de inauguración de la Feria del Libro de Guadalajara. Aun en calidad de expresidenta se sabía más importante que cualquiera de los veintiún miembros del presídium. No obstante había tenido que conformarse con ser ubicada en la primera fila del enorme recinto; después de todo, se encontraba allí simplemente como autora de un libro de memorias con el que esperaba cimbrar a la política argentina. Y en efecto la cimbró minutos más tarde, aunque por motivos totalmente distintos de los que hubiera deseado.

Quince filas más atrás la actriz Salma Hayek se preguntaba si la vida de Cristina Kirchner constituiría material para una buena película. La noche anterior se habían encontrado en el *hall* del hotel y la idea no la había abandonado desde entonces. Aunque la actriz era trece años más joven, se dijo que compartían el mismo fenotipo; con un poco de maquillaje podría interpretar a la viuda de Kirchner en distintas épocas de su vida. Lamentó una vez más que los organizadores no las hubieran colocado en la misma fila para tener oportunidad de conocerla mejor.

El premio Nobel de literatura, Cristian Wolfe, también lamentó que Salma no se encontrara en la primera fila. Abrigaba desde años antes una secreta devoción por la artista. Desde su silla en el presídium observaba en la distancia el rostro seductor de la mexicana y fantaseaba con la posibilidad de un romance entre la pantalla y la literatura, a la manera de Marilyn Monroe y Arthur Miller. Se dijo que la abordaría tan pronto terminase la ceremonia de inauguración. Seis minutos después estaba muerto. Él y otro centenar de asistentes.

Las imágenes difundidas viralmente en YouTube mostrarían posteriormente que el escritor estadounidense fue uno de los primeros en caer. Se encontraba en el estrado, a dos sillas de distancia del ministro de Educación, principal candidato a la presidencia de México, destinatario de los primeros disparos. En el pandemónium que siguió, la cámara fija continuó grabando indiferente a las ráfagas que barrieron al resto de los miembros del presídium. Solo tres de los veintiuno sobrevivieron.

Las primeras tres filas no corrieron con mejor suerte. Los agresores y sus armas automáticas se descentendieron del resto de la sala para volcar 872 proyectiles sobre políticos y celebridades a lo largo de cuatro minutos. Cuando terminaron, los setecientos cincuenta asistentes a la ceremonia se encontraban tirados en el suelo, muchos de ellos cubiertos de sangre propia o ajena.

Casi al inicio del tiroteo Cristina Kirchner sintió un pinchazo en el omóplato y se dobló en el asiento aprisionando el bolso en el que guardaba sus memorias. Luego perdió el conocimiento. Los que la rodeaban perdieron la vida. Entre ellos, el enviado de la Casa Blanca y el embajador de Estados Unidos, además de escritores e intelectuales de ese país, invitado especial en la edición del 2017 de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. También murieron el alcalde de Guadalajara, la ministra de cultura, un expresidente colombiano, el director

editorial de McMillan, el presidente de Univisión, el director del diario *La Opinión* de Los Ángeles, el corresponsal de *The New York Times*, además de muchos otros artistas, políticos y editores. Se salvó Lula da Silva, ex-presidente de Brasil, gracias a su impuntualidad, que le obligó a sentarse en el fondo de la sala.

En la segunda hilera de butacas se encontraban Tomás Arizmendi y Claudia Franco, respectivamente director y dueña de *El Mundo*, el diario más importante del país. Malherida, la mujer susurró algunas palabras al oído del periodista, antes de entrar en coma. En total fallecieron ciento cuarenta personas, además de catorce miembros del comando ejecutor, en lo que fue considerado el peor atentado en el continente americano desde el ataque a las Torres de Nueva York.

Las primeras reacciones de la prensa dieron por descontado que se trataba de un operativo destinado a cambiar la sucesión presidencial en México; otras versiones privilegiaron el aparente origen rural de algunos de los atacantes y lo interpretaron como un acto de resistencia política de grupos revolucionarios; estas versiones fueron negadas categóricamente por aquellos que veían en las armas automáticas utilizadas la presencia de los cárteles de la droga. La muerte de Frank Pizolatto, subsecretario del Departamento de Estado a cargo de Asuntos Hemisféricos, y Brad Douglas, embajador de los Estados Unidos, llevó a la prensa de Washington a suponer que era obra de terroristas de origen islámico.

En realidad la tragedia fue resultado de una semilla sembrada dos meses antes en un partido de tenis disputado en Flushing Meadows por protagonistas y testigos que, sin saberlo, cambiaron el curso de la historia.

Primera parte

La culpa es de Federer

(del 6 al 15 de septiembre de 2017)

Celorio

80 días antes del atentado, 1.45 p.m.

«58 segundos. Ni siquiera un minuto», se lamentó Agustín Celorio. Sus conversaciones con el presidente Alonso Prida cada vez duraban menos. Se trataba de una diferencia de segundos, aunque se traducía en eras geológicas a efectos de su carrera política. La llamada telefónica del canciller mexicano al mandatario no solo había sido mucho más corta que las anteriores; las respuestas monosilábicas del soberano trasminaban impaciencia y quizá un poco de irritación. Una muestra del escaso amor que parecía prodigarle en las últimas semanas su jefe, el Jefe de la nación. «No se equivoquen —había dicho Prida desde Los Pinos—, la lista de candidatos que analiza el partido no pasa de tres.» Los analistas políticos aseguraban que en la lista de tres solo cabían dos: Cristóbal de nombre y Santa de apellido, el secretario de Educación. Y el desdén que el mandatario mostraba en sus conversaciones telefónicas constituía una muestra tangible de que él, Agustín Celorio, no tenía posibilidades de ser ungido por el dedo celestial.

Pero eso no tenía por qué saberlo Juan Montesinos, líder del Senado, quien seguía la llamada telefónica con avidez, sentado al otro lado del escritorio del canciller.

—Una cosa más, presidente —dijo Celorio, pese a que desde hacía algunos instantes el teléfono solo le de-

volvía un ominoso zumbido—: sobre la opinión que me pidió de la tragedia de Oaxaca, ya tengo un planteamiento, le va a gustar.

Luego Celorio hizo una larga pausa asintiendo con la cabeza de vez en cuando mientras oprimía con fiereza la bocina contra la oreja, para asegurarse de que el senador no escuchase el incriminador tono de desconexión.

—Cuando usted disponga, presidente. Y gracias por la confianza —hizo otra pausa—. Sí, está con los niños, el domingo regresa de la playa, yo no pude acompañarlos en esta ocasión. Así lo haré, presidente. Mil gracias. Reciba un abrazo.

El protocolo no escrito estipulaba dirigirse al mandatario ceremoniosamente con un «señor presidente». Pero los miembros de su gabinete podían eliminar el «señor», aunque mantuvieran un respetuoso «usted» en el trato. Solo un par de ministros, amigos personales del mandatario, se atrevían a hablarle de tú. No era el caso de Celorio.

El secretario de Relaciones Exteriores colgó la bocina del teléfono rojo como si colocara el anillo de seguridad de una granada. La mirada de los dos se mantuvo durante unos instantes sobre el aparato como esperando la venia presidencial para emprender la retirada. Cuando por fin levantaron el rostro, Celorio observó el éxito de su embuste; si el senador hubiese sido un sabueso lo estaría mirando con las orejas gachas, la frente inclinada y la cola baja. En un par de horas Montesinos habría divulgado el supuesto contenido de la conversación telefónica escuchada; un augurio definitivo de la candidatura del canciller mexicano a la presidencia.

Pero cuando se quedó solo, diez minutos más tarde, su pírrico éxito frente al legislador pasó a segundo plano tras el recuerdo de la breve y superficial conversación sostenida con el presidente. Si Montesinos hubiese escuchado lo que verdaderamente conversó con Prida, a es-

tas horas todos los círculos políticos estarían enterados de sus bajos bonos en el aprecio del soberano.

Deprimido por sus pensamientos, el canciller se desplazó del escritorio al sofá frente al televisor, que con el volumen suprimido transmitía un partido de tenis. Su mirada siguió mecánicamente la pelota amarilla durante algunos minutos, hasta que una jugada espectacular de Sergio Franco frente a la red atrajo su atención. Encendió el volumen y se dejó envolver durante algunos instantes por el tono conmocionado de los cronistas. Veinte minutos más tarde se le ocurrió el plan que cambiaría su vida y acortaría la de tantos otros.

Siempre le había irritado el abuso que se hacía de la palabra «epifanía», pero supo que estaba experimentando una cuando se levantó del sofá frente a la televisión. Primero con incredulidad y luego con entusiasmo se dijo que tenía en sus manos un recurso para ganar la estima de Alonso Prida y gozar de su confianza en los siguientes meses, cuando el partido político definiría su candidato a la presidencia. Durante la siguiente media hora presencié la manera en que la estrella del tenis mexicano, Sergio Franco, destrozó al ruso Aleksei Kurshenko para pasar a la semifinal del torneo US Open.

Franco tenía en su haber cuatro torneos de Grand Slam, suficiente para empatar el récord del argentino Guillermo Vilas y disputarle el título de mejor jugador latinoamericano en la historia de este deporte. Tras varios años de declinación y a punto de cumplir los treinta y cuatro, el mexicano había anunciado a principios de año que esta sería su última temporada. No obstante, en los siguientes meses sorprendió a propios y extraños con la recuperación de su mejor tenis. Hoy parecía encontrarse en vías de hacer historia y ganar el último torneo que jugaría en su vida.

Celorio no necesitaba ser un experto para saber que, en tal caso, los medios nacionales escalarían al paroxismo

épico y con ellos la opinión pública. A falta de héroes, Franco se había convertido en ídolo de multitudes, aun cuando el tenis no fuese un deporte de masas en México. Llevaba dos años sin dar un campanazo importante, pero si ahora llegaba a la final del US Open, el país entero miraría el espectáculo del próximo domingo como si se tratase de la ascensión de la mismísima Virgen de Guadalupe. El canciller decidió que nadie estaba en mejores condiciones que él para beneficiarse del impacto político que generaría el retiro apoteósico de Franco.

Con el corazón dando tumbos consideró sus opciones durante algunos minutos. Luego caminó hasta su escritorio, inhaló profundamente y levantó la bocina del teléfono rojo. Instantes más tarde su chófer lo trasladaba los siete kilómetros que le separaban de la residencia oficial de Los Pinos.

Durante el camino afinó su estrategia. El día anterior contempló en el televisor la manera implacable en la que la estrella ascendente James Gest, con apenas diecisiete años, había logrado su pase a la otra semifinal y todo hacía suponer un encuentro final entre el curtido mexicano y la nueva promesa del tenis estadounidense. En tal caso, daba por descontado que los mandatarios de los dos países estarían en la primera fila del estadio Arthur Ashe en Flushing Meadows, Nueva York. Ambos líderes eran practicantes asiduos del tenis de fin de semana y ambos estaban urgidos de un golpe mediático, aunque fuese por la vía vicaria de un triunfo de la estrella deportiva de su país. Si Franco lograba obtener su quinto torneo de Grand Slam en el último partido de su carrera, proporcionaría a la prensa internacional un final de película en el que Prida no podía permitirse quedar ausente.

Y algo similar pasaba con Howard Brook, quien apenas ocho meses antes había recuperado la Casa Blanca para los republicanos pero padecía ya una profunda debacle en las encuestas de popularidad. Los estadouni-

denses llevaban trece años sin un campeón en el US Open y hacía más de quince que ningún connacional encabezaba el *ranking* mundial de un deporte que durante décadas Estados Unidos consideró de su propiedad. James Gest prometía convertirse en la síntesis de John McEnroe y Jimmy Connors, y el presidente Brook estaría dispuesto a hacer lo que fuese necesario para ser considerado su padrino.

Celorio sabía que ambos estarían presentes en la final, aunque él pretendía mucho más que eso.

—¿Un juego de tenis entre dos mandatarios? ¿Hay un antecedente? —respondió por fin el presidente tras escuchar la propuesta de su ministro de Relaciones Exteriores.

Se encontraban en el salón que Alonso Prida había tapizado con superficies de caoba oscura en un intento por devolver al despacho algo de pompa y solemnidad, tras doce deslucidos años de gobiernos de la oposición. Pero Celorio encontraba un tanto asfixiante el resultado. Le hacía pensar en una oficina de notario público, no en la cabina de mando desde la cual se dirigía al país. Tampoco es que el físico del presidente ayudara mucho a construir esa imagen. Prida era un hombre de estatura baja y de rostro jovial y fotogénico, del tipo que luce mejor en afiches y espectaculares que de cuerpo presente. Proyectaba, sí, una agradable y vaga liviandad que favorecía la distensión de sus interlocutores, lo cual en sí mismo no era malo, salvo que era a costa de su imagen como jefe de Estado, lo cual era desastroso. Sus gestos y maneras afables hacían pensar en el director de relaciones públicas de una transnacional: fresco, amable, impecable. Con frecuencia Celorio se obligaba a recordar que ese figurín tenía poder sobre las vidas y haciendas de cuantos le rodeaban.

—Aparentemente no hay antecedentes. En todo caso no de manera oficial; lo estamos investigando. Lo que sí

sabemos es que a Brook le encanta convocar el fin de semana a miembros de su gabinete y a algunos senadores a disputar partidos en la cancha de tenis de arcilla que remodelaron a unos pasos del Despacho Oval.

—¿Y eso cómo va a beneficiar las relaciones México-Estados Unidos?

—Esas ni mejoran ni empeoran, presidente, la agenda económica siempre termina imponiéndose a cualquier cosa que hagamos los políticos. Pero en cambio sí podría ser muy beneficioso para su imagen y la de Brook. Eso por no hablar de lo conveniente que resultaría hacerse amigo personal de quien será el mandamás en la Casa Blanca los próximos años.

—El que pierda quedará como un soberano pendejo. Ya veo los memes que circularán en la red en caso de que *thehollybook* me gane —dijo el mandatario, súbitamente indignado. Celorio reprimió una sonrisa al escuchar de boca presidencial el apodo que le habían puesto en la cancillería mexicana a Brook, por los discursos de campaña plagados de citas bíblicas.

—No perderá, presidente. Hace algunas semanas el embajador me comentó que usted era mejor tenista, y, como sabemos, él ya jugó en contra de los dos. —En la jerga política el embajador a secas no podía ser otro que el representante de Washington en México.

Las palabras del ministro no convencieron a su jefe. «Prida ya no es el mismo que tomó posesión», se dijo Celorio. En los primeros meses de su mandato, cinco años antes, la presencia del líder electrizaba los ambientes, el saludo de mano era enérgico, sus movimientos categóricos. Un hombre impaciente por tomar decisiones, por oír su propia voz impartiendo órdenes inapelables. Ahora en cambio mostraba una indolencia preocupante, una actitud que rozaba el aburrimiento, pese a su sonrisa afable. «Demasiadas derrotas», pensó el canciller esperando que su rostro no trasluciera sus reflexiones.

El silencio presidencial se eternizaba; Celorio temió que la estrategia maquinada para promover su candidatura terminara sepultando sus menguadas posibilidades. Quizá había exagerado el tono entusiasta cuando aseguró por teléfono al presidente que tenía una propuesta que le alegraría la semana. Ahora este lo miraba con el ceño fruncido, como un niño enfurruñado tras abrir el regalo y encontrar un juguete inferior al esperado. El pelo con gomina y el rostro juvenil del mandatario, pese a sus cincuenta y dos años, acentuaban la evocación a infancia que Prida solía inspirar.

—No tiene que ser un juego entre ustedes, señor presidente —ahora que se encontraba en desventaja, Celorio introdujo un trato más ceremonioso—; podría ser un encuentro de dobles con Franco de un lado y Gest del otro —añadió solícito.

El ministro hizo la propuesta en tono exploratorio, atento a retirarla al menor amago de endurecimiento del ceño presidencial. Nadie se mantiene cinco años en la corte sin convertirse en un profundo intérprete de los más sutiles gestos del soberano.

—Eso podría funcionar —dijo el otro, también en tono dubitativo, aunque el doble parpadeo del mandatario reveló al ministro que había encontrado el filón que buscaba. Como fanático del tenis, Prida era un rendido admirador de Franco y la sola posibilidad de jugar al lado de su ídolo le hizo erguir los hombros. Cuando se frotó las manos durante un par de segundos, como si se las estuviera lavando, Celorio entendió que su propuesta había tenido éxito. Se dijo que si jugaba bien sus cartas, en los próximos meses pasaría muchas horas al lado del jefe máximo. No necesitaba más. Recordó la vieja consigna política: «A mí que no me den, que me pongan donde haya». Hoy había conseguido ponerse donde había.

Celorio se incorporó a una señal del gobernante y, como tantas otras veces, hundió los hombros y encorvó

ligeramente la espalda para disimular su estatura. Con su 1,88 le sacaba casi una cabeza a Prida, pese a los tacones disimulados de los zapatos presidenciales. No deseaba que unos centímetros de rencorosa vanidad frustraran sus aspiraciones políticas.

Desde el automóvil, camino a su oficina, hizo varias llamadas para reunirse con el embajador esa misma noche y preparar el viaje a Nueva York con escala previa en Washington. No sería sencillo pero podía hacerse. Por último pidió a su secretaria un enlace con el entrenador de tenis con el que de vez en vez peloteaba en la cancha privada que poseía en su residencia. En las próximas semanas el nivel de su juego tendría que experimentar una mejoría cuántica. De nuevo se dijo que no sería sencillo pero podía hacerse. En su juventud Celorio había sido un tenista *amateur* de primer nivel, y aunque un tanto oxidado, aún podía ser competitivo contra los mejores. Luego cerró los ojos y reclinó la cabeza en el asiento; se vio a sí mismo elevándose sobre la red para asestar un *smash* brutal contra los pies del presidente.

—Son masturbaciones mentales, mi rey —le dijo implacable Delia Parnasus treinta minutos más tarde, cuando Celorio presumió entusiasmado de su epifanía a su amante y asesora política—. Los hombres creen que el mundo gira alrededor de sus pelotas, sean grandes o chiquitas. ¿De veras crees que su majestad te va a ceder el trono solo porque seas una maravilla en el tenis?

Delia era así, dura, mordaz, sagaz. Una protagonista política de primer nivel: entre otras cosas había sido senadora y secretaria general del PRI, el partido en el poder, y ahora había abandonado todo objetivo personal que no fuera convertir en presidente a su actual pareja. Si bien Celorio seguía formalmente casado, de un tiempo para acá él y su esposa hacían vidas separadas.

Por lo general él agradecía sus intervenciones; un *sparring* eficaz que sometía a riguroso escrutinio sus pro-

yectos y estrategias. No obstante, esta vez resintió que ella lo cuestionara. Era una perspicaz asesora política pero no podía entender las profundas complicidades que los hombres tejen en la barra de un bar o en una cancha convertida en ardiente campo de batalla.

—Es más complejo que una pelotita —dijo él con forzada paciencia—. Prida idolatra a Sergio Franco y este me debe algunos favores. Ahora que se retira de los torneos profesionales puedo arrancarle el compromiso de participar en las jornadas de tenis dominical en Los Pinos. Si consigo organizar sesiones de dobles cada fin de semana en los que yo sea el compañero de Prida durante octubre y noviembre, él me verá con otros ojos en diciembre, cuando llegue el momento de elegir candidato. Y eso es lo único que necesito: un espacio de confianza y camaradería para mostrarle al presidente los trapos sucios que tenemos guardados. ¿Ya lo olvidaste? En este momento ni siquiera tengo la posibilidad de mostrárselos sin que me considere un intrigante. Hoy me colgó el teléfono a los cincuenta y ocho segundos —dijo, indignado.

Parnasus dirigió la mirada a la pintura detrás de la que se encontraba la caja fuerte y los expedientes conseguidos a precio de oro. Recordó las fotos repugnantes y los audios incriminadores. Sonrió. No obstante, no quiso ceder sin alguna resistencia.

—¿Y para eso se necesita que Sergio llegue a la final? ¿Y si no lo consigue qué? ¿Estamos jodidos?

—No, aunque lo hace más complicado. Si al menos llega a la semifinal podría convencer a Prida de ir a Nueva York a verlo jugar, con eso me basta para armar el tinglado.

—*Capisco* —dijo ella finalmente, siempre inclinada a usar latinajos y expresiones italianas al menor pretexto, convencida de que hacían justicia a su apellido, que en realidad era griego—. En eso tienes razón, si le entregas los expedientes en una oficina corremos el riesgo de que

lo tome a mal, sentirá que lo estás manipulando. De tonto no tiene un pelo, tiene la astucia del superviviente nato y por lo mismo es muy desconfiado y suspicaz. Los cuatro años que trabajé para él no fueron en balde.

Celorio la miró con atención por primera vez en la tarde. La había conocido cuando ella trabajaba para el entonces gobernador Prida en la preparación de lo que luego sería la campaña presidencial de 2012. Se preguntó si alguna vez se habría acostado con el ahora presidente. Prida era un hombre de ojo alegre a quien difícilmente pasaría inadvertida la mujer alta de pechos espectaculares y vestidos llamativos, cuando no escandalosos. Y ella era ambiciosa y de convicciones flexibles. La idea no le disgustó del todo. Observó su cintura, disminuida por el contraste con las caderas anchas, y sintió crecer una excitación súbita y demandante.

—Menos mal que te saqué de allí, por la manera en que todavía te ve Prida a lo mejor hoy serías el ama de casa de Los Pinos —dijo él.

—Pues entonces salí ganando, tu tamaño es más presidencial —dijo ella llevando la mano al muslo del hombre—; además, es mucho mejor ser primera dama los seis años completos.

Él no necesitó más que eso. Le dio la media vuelta para abrazarla por detrás y la empujó con la pelvis obligándola a dar un par de pasos y a doblarse sobre el respaldo del amplio sofá de tres plazas de su despacho. Bajó el largo cierre de su falda y dejó que se deslizara hasta caer en círculo informe alrededor de sus altos tacones. Se desabrochó el cinturón, se humedeció el pene y, haciendo a un lado el breve listón del tanga de Parnasus, la penetró tan profundo como pudo. La ausencia de lubricación o lo repentino del movimiento provocó que ella intentara incorporarse, pero él apoyó el cuerpo sobre su espalda y la obligó a doblarse de nuevo sobre el respaldo del asiento.

Celorio empujó con furia una docena de veces; se retiró ligeramente para contemplar las poderosas caderas y volvió otra vez a la carga, hasta que se desplomó satisfecho sobre la espalda de su amante.

«No, Delia Parnasus no puede ser primera dama. Simplemente no es una dama», pensó él, aunque le sería difícil encontrar la manera de decírselo y más difícil aún renunciar a los voraces asaltos a los que la sometía. Se incorporó con presteza, como si hubiese recordado algo súbito, se subió la cremallera y dio media vuelta mientras se decía que esos problemas no serían problemas hasta que conquistara la presidencia. Y para lograrlo él y Parnasus todavía tenían muchas tareas por delante.